

LIBRO PRIMERO  
Cena para tres



*Para Norma, ni una cena más sin ti.*

*Recuerda que yo existo porque existe este libro,  
que puedo suicidarnos con romper una página.*  
Luis García Montero

*Mi futuro es estático, así que ya lo tuve.*  
Sonic Youth - *Schizophrenia*

La ciudad se reconstruyó. Sin embargo, el nuevo planteamiento, lejos del propósito inicial, no consiguió erradicar las sombras, ni ahuyentar a los fantasmas, mucho menos superar las inmerecidas consecuencias de una muerte violenta. Hubo algunos cambios, sí, pero en líneas generales sus fundamentos siguieron siendo mágicos, terribles e impensables.

Entre las modificaciones más notorias, por ejemplo, estaba el hecho de que de repente en Gran Salto existieran cinco agencias inmobiliarias, aunque en realidad sólo dos en las que podías depositar una confianza ciega. Una de ellas era Cocito-Gestión, cuyo dueño (un abogado llamado Leoncio Key) se caracterizaba, entre otras cosas, por lucir un romántico bigote a lo Clark Gable. Key amasó su buena fama en la ciudad a base de una afanosa transparencia en sus operaciones, una indomable agresividad negociando con los propietarios de los inmuebles y una imbatible reducción en su porcentaje de comisión (sólo cuando era inevitable) a la hora de estrechar las manos y cerrar la venta. Vendía al mejor precio y vendía mucho.

El nombre de la otra agencia, Porcelina Dreams, sonaba igual de onírico que el título de un antiguo disco de The Smashing Pumpkins, y su lema «DA EL GRAN SALTO CON NOSOTROS» podría haber funcionado igual de bien para anunciar un centro de estudios a distancia. Maro Grullart era el gerente, un hombre con cuerpo de tonel y unos enormes carrillos veteados por una red de capilares rotos que siempre se pasaba por alto alguna trabilla del pantalón a la hora de ponerse el cinturón por las mañanas. No era tan agresivo como Key, ni tenía los mejores precios, pero contaba con la mayor cantidad de propiedades en su cartera. Si alguna vivienda en Gran Salto estaba a la venta, podías apostar los intereses de tu hipoteca a que Maro Grullart tenía una amplia galería de fotos del inmueble colgada en su página web.

Daniel Salas conocía a ambos agentes bastante bien, no iba a ser la primera vez que necesitaba de la intermediación de un profesional inmobiliario. Con los dos había tenido una buena experiencia. Sin embargo, prefería ver cuantas más casas mejor, por eso eligió a Maro Grullart en esta ocasión, a pesar de que nunca llevara el cinturón bien puesto.

La idea de comprar una segunda residencia vino de Rosa, su mujer, que tuvo la genial ocurrencia justo un par de horas después de decirle que estaba embarazada. Hacía poco más de un mes que había cobrado la herencia de su madre, fallecida un año antes por la rotura de un aneurisma aórtico abdominal mientras guardaba cola en una de las cinco cajas del Wegmans que acababan de abrir al principio de la calle Schicksal, en un local situado entre la fábrica de alicates FAUBEVE y un restaurante italiano llamado La

elección de Etna. En el momento de fallecer, la pobre mujer llevaba sólo dos latas de alubias en la cesta y un brillo de asombro congelado en su mirada. Por lo visto, su carácter prudente le había acompañado hasta el final. Según los testigos que la asistieron, a pesar de llevar sólo dos productos encima, no le había pedido a nadie que la dejara pasar. Aguardó su turno con infinita paciencia hasta el final, como siempre había hecho en todas las facetas de su vida. Más tarde, en el funeral, Rosa recordaría, con un dramático tono nasal, que su madre siempre había sido una persona que había antepuesto los intereses de los demás a los propios. Lo dijo de tal modo que todos lo entendieron más como un defecto que como una virtud.

La herencia consistió en ciento cincuenta de los grandes provenientes de una cuenta corriente del Banco Große Sprung y en una casa adosada en la calle Owl. Tecla, la hermana de Rosa, acababa de divorciarse (por más que lo había intentado, no podía continuar viviendo con alguien que no aceptaba que hubiera mujeres que preferían pintar cuadros antes que plancharle las camisas a sus maridos) y, la verdad, le venía muy bien quedarse con la casa. Así que llegaron a un acuerdo fraternal y sellaron el pacto de la distribución de bienes tomándose una taza de té chai con leche, sentadas en el porche que las vio crecer. No se estrecharon las manos, tan sólo hizo falta una sonrisa triste de Tecla y un gesto leve de asentimiento por parte de Rosa después de recordar, entre alguna lágrima furtiva, lo bien que le salían a su madre la tarta de queso y el chocolate bourbon. El caso es que cuando Rosa le propuso a Daniel lo de la compra de la casa, enclavada sobre una frondosa planicie en la arista más al oeste

de las Montañas del Norte, tenía a su favor los más de 100.000 pavos que le quedaron limpios tras pagar el impuesto de sucesiones.

La noche en la que se enteró de que iba a ser padre, Daniel volvía al cálido refugio de su hogar con la cabeza saturada de historias sin corregir y una parrilla candente de dolor pegada contra su espalda. Regresaba de impartir una de sus clases de escritura creativa dentro del marco del taller que coordinaba. La biblioteca de Gran Salto había tenido la generosidad de facilitarle una de las salas de lectura de la segunda planta como lugar de encuentro para las reuniones. Incluso el bibliotecario, el amable y tosedor señor Vergani, le había hecho una copia de la llave del edificio por si en alguna ocasión se sobrepasaba del horario de cierre y le apetecía continuar con la clase un rato más. Sin embargo en esta ocasión no le hizo falta utilizarla, ya que terminaron cinco minutos antes de las ocho, por lo que fue el propio señor Vergani el que acompañó a todos los participantes del curso hasta la puerta. Quiso despedirse de ellos deseándoles buenas noches, como era habitual en él, pero una tos belicosa lo venció y sólo le permitió alzar una mano y agitarla con movimientos desacertados. Todos le respondieron sonriendo, incluso Daniel, que logró disimular muy bien el pellizco de compasión que sintió por él.

Por aquel entonces, el dolor de espalda de Daniel ya se parecía peligrosamente a los mordiscos de miles de insectos arracimados a lo largo de su columna vertebral. Hacía meses que los analgésicos convencionales tipo Tramacet le habían dejado de hacer efecto. Sabía

que si se dejaba caer por la consulta de su médico le pediría una resonancia magnética de inmediato. Pero a Daniel le daba pánico meterse dentro de aquel tubo. Ya lo hizo en una ocasión y lo pasó muy mal. Fue para descartar que unos insistentes dolores de cabeza durante el último curso de carrera fuesen provocados por un tumor cerebral. Lo descartó, por suerte. Pero para ello tuvo que estar más de veinte minutos atrapado en un asfixiante orificio de plástico, paralizado por la angustia de saber que no tenía espacio ni siquiera para ponerse de lado. Le dieron un pulsador como el que cuelga de los cabeceros de las camas en los hospitales, un timbre de emergencia por si se sentía muy agobiado durante la prueba. Daniel lo sujetó con fuerza, como si fuese su bien más preciado en ese momento, y tal vez lo era. Después de todo, era su única vía de escape si la cosa se complicaba. *Púselo si quiere que lo saquemos de aquí, señor Salas. No se preocupe. Le daremos tiempo para que se tranquilice y cuando esté preparado volveremos a empezar.* Y ésa era precisamente la gran putada, que *volvían a empezar* de nuevo. El tiempo que llevara dentro antes de la rendición no contaba, el reloj volvería a ponerse a cero. *Lo está haciendo muy bien, señor Salas. Enseguida acabamos. Relájese, por favor.* Sí, era muy fácil decirlo fuera de aquel maldito tubo. Pero, allí dentro, la bandeja sobre la que estaba tendido era dura y fría, como el peor de los diagnósticos, y no invitaba a la distensión. El aire se hacía más escaso conforme penetraba en el interior de aquel estrecho túnel, así que optó por cerrar los ojos, inspirar por la nariz y espirar por la boca con toda la tranquilidad que era capaz de fingir. Abrir los ojos y encontrarse con una pared a escasos centíme-

tros de su nariz lo haría acercarse demasiado a la sensación de estar enterrado vivo y entonces no podría respirar. Intentaba imaginarse espacios abiertos y luminosos mientras escuchaba el sonido discordante de la máquina, un ruido capaz de transformar la claustrofobia en locura. *Si se encuentra mal pulse el botón que le hemos dado, señor Salas. Pero ya sabe que tendríamos que empezar todo el proceso de nuevo. Tranquílcese, por favor.* Sí, tranquilo y relajado como en un *spa*. A la mierda. No iría al médico. Daniel quería convencerse de que aquel dolor de espalda era debido a una mala postura a la hora de trabajar, pero en el fondo sabía que no era así. Por suerte, al entrar a casa y encontrarse en el salón con la pequeña mesa redonda cubierta con un mantel blanco, un centro hecho con rosas rojas naturales y unas velas que aportaban una luz íntima a la estancia, el dolor de espalda se vio relegado de inmediato a un plano más soportable. Y ya no se acordó más de aquella mala experiencia de someterse a una resonancia magnética, ni tampoco de la urgencia de visitar a un especialista, al menos por lo que quedaba de día.

—Vaya, qué romántico. ¿Cena para dos a la luz de las velas? ¿Celebramos algo? —se sorprendió Daniel, colgando el maletín en el perchero de la entrada.

Rosa estaba radiante. Llevaba puestos unos vaqueros ajustados, una camiseta negra con transparencias y unos tacones de vértigo. Una combinación difícil de evitar. Había algo en su rostro que la hacía irresistible; tal vez era el maquillaje de noche o el mechón de pelo discrepante que ocultaba uno de sus ojos. Daniel no lo podía precisar. Ella se le acercó con movimientos felinos, lo abrazó, y tras un beso largo e inquisitivo puntualizó:

—Bueno, más bien para tres.

—¿Esperamos a alguien?

—Eso parece, cariño.

Daniel la apartó unos centímetros y peinó con delicadeza su flequillo hacia un lado, para tener acceso a ambos ojos y poder explorarlos a fondo hasta descubrir el secreto que retenían.

—No puede ser —dijo Daniel con una sonrisa incrédula. Saltaba de un ojo a otro para asegurarse.

—Bueno, las probabilidades no suelen ser ya muy altas a tu edad, pero sí.

Rosa parpadeó con un encanto travieso, irresistible.

—¿Vamos a tener un bebé?

Ella asintió con una mueca que podía haber convergido tanto en una risa nerviosa como en un llanto descorazonador. Daniel la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza. Al final rieron los dos, de alegría.

Rosa preparó una deliciosa pasta carbonara (el plato favorito de Daniel) y la acompañó con un vino tinto que compró de urgencia aquella misma tarde en el Seven Eleven de la calle Hoax. Le preguntó al responsable de la sección de bebidas qué vino le recomendaría para una cena especial. El tipo, que a Rosa le recordaba mucho al personaje Neuman de las famosas revistas Mad, la miró y le explicó muy serio que eso dependía mucho de la comida. «Pasta carbonara», contestó ella. «Ah, bien, entonces una botella de Mazacruz va como la seda». Mientras el chico la acompañaba hasta el pasillo donde estaban las botellas le estuvo diciendo algo relacionado con el maridaje ideal entre algunos vinos y platos, pero Rosa ya no le prestaba atención, estaba distraída pensando en qué ropa elegiría para su velada sorpresa y si no sería una temeridad beber alcohol sabiendo que estaba embarazada. Había estado investigando sobre el tema por Internet y se había encontrado ciertos estudios de un catedrático danés de ginecología que concluían que un consumo moderado de alcohol durante la gestación no afectaba «al desarrollo



neuropsicológico del bebé». De todas formas sólo se trataba de brindar por la buena noticia, quizás se mojaría los labios nada más y luego continuaría bebiendo agua para no comprometer su conciencia.

Al final a Daniel le gustó el vino, la ropa y la sorpresa. Fue un éxito total. Su entusiasmo lo mantuvo muy parlanchín durante toda la cena, haciendo planes para el futuro, hablando de los cuentos que le leería a su hijo o hija (eso no importaba, por lo visto) antes de dormir, que si le hablaría de London y Stevenson antes de que cumpliera los cinco años y que sería el único chico o chica del instituto que se hubiera leído *El Ladrón de Días* de Clive Barker antes de cumplir la mayoría de edad (de esto último, aseveró, se encargaría personalmente).

En un momento de la conversación, Rosa cogió la servilleta de tela para repasar el borde de sus labios y se la volvió a colocar sobre el regazo. Luego carraspeó suavemente y miró a Daniel con sus ojos cargados de vehemencia y rímel. Redoble de tambores. Cogió la copa y removió el vino con un elegante vaivén, sin indicio de culpabilidad, sosteniendo la tensión hasta el agotamiento.

—¿Has pensado ya dónde vas a escribir cuando tengamos al bebé?

Daniel estaba enroscando un bocado de pasta con el tenedor cuando Rosa le hizo la pregunta y se quedó un instante congelado en el tiempo, como en una mala película de ciencia-ficción. A los pocos segundos volvió a recuperar el movimiento. Se llevó el tenedor la boca y amasando la respuesta dijo con aire de patán:

—En mi despacho, como siempre.

Rosa bajó la mirada. No soportaba que Daniel hablara con la boca llena.

—Bueno, he oído que los bebés no suelen tener mucha consideración con los padres que trabajan en casa. Incluso que suelen llorar a todas horas y cosas aún peores. ¿Cuándo tenías que entregar *La sonrisa*?

*La sonrisa* era el atajo que utilizaba Rosa para referirse a *La sonrisa de un niño*, la primera obra de teatro de Daniel. En el pasado había escrito varias novelas de terror con una más que aceptable acogida, pero jamás se había imaginado que algún día su marido se atrevería a probar suerte como dramaturgo. En realidad fue su editor, Clos Theunis, el que se lo había propuesto; incluso le aseguró que ya tenía la confirmación del grupo de teatro de Gran Salto para representar la obra durante la próxima temporada. Rosa ya se imaginaba el Teatro Central, con su característico aire de sala de conferencias, el día del estreno. En su fantasía se veía sentada al lado de Clos en la primera fila; justo detrás, varios asientos ocupados por sus alumnos del taller de escritura creativa, y en un rincón sombrío, más o menos al lado de la puerta de salida, al señor Vergani intentando detener un acceso de tos. El resto del patio sería un eco de silencio.

—Clos no me dio una fecha en concreto. Hablamos de diciembre, a ser posible antes de Navidad.

Rosa empezó asintiendo y terminó con un ademán de negación, muy contenida.

—Bueno, para entonces estaré de siete meses.

—De aquí a que nazca el bebé tengo tiempo de sobra para terminar la obra, publicar otra novela y escribir una decena de relatos para el suplemento cultural de los fines de semana en el Diario de Gran Salto. Por cierto, ¿no será peligroso beber vino estando embarazada?

Leve sacudida de cabeza. La pregunta fue un golpe rápido y directo, un *jab* inesperado en mitad de la cara.

—He estado investigando un poco —respondió Rosa demasiado rápido para no sonar como una disculpa—, y no hay datos irrefutables de que sea así. Pero de todas formas supongo que será cuestión de medida, como en casi todo. No pienso hacerme alcohólica, puedes estar tranquilo.

Daniel rio.

—No esperaba menos de ti.

Rosa se rascó la nariz y se apoyó sobre la mesa, decidida a recuperar el hilo de la conversación.

—Oye, volviendo al tema de la casa, cariño. Tarde o temprano vas a tener serios problemas para concentrarte. He pensado en que nos compremos una casa en las Montañas del Norte. Podríamos usarla los fines de semana para nosotros y el resto del tiempo sería tu refugio para poder seguir escribiendo cuando el bebé sufra el cólico del lactante.

—¿Que nos compremos una casa? Una idea estupenda; espera, que salgo un momento a atracar un banco y vuelvo para el postre.

Rosa tomó un sorbo reprimido de vino, como si temiera ser víctima de un envenenamiento. Dejó marcado el borde de la copa con una huella de su pintalabios, un arco rojo sangre que recordaba a una cimitarra oriental. Se preguntó si sería una señal de mal augurio y decidió no volver a probar el alcohol durante el resto de su embarazo.

—No haría falta —dijo dejando la copa en el lugar más alejado posible. Luego apoyó su mentón en una mano y siguió conjeturando—: Podríamos utilizar parte de la herencia de mi madre para pagar la mitad y

el resto lo financiaríamos. Tal y como están hoy en día los precios y el mercado, no creo que el banco nos pusiera muchas piedras en el camino. Además, mi sueño siempre ha sido tener una casa en las montañas. Con chimenea, muebles rústicos, una alfombra de pelo largo... —Se detuvo, miró hacia un imaginario bocadillo de nube flotando por encima de su cabeza y continuó en actitud soñadora—: Y tomar una taza de té caliente sentada en el sofá, leyendo alguna novela de Preston y Child mientras fuera llueve y resuenan los truenos.

—Hola por ahí arriba. Aquí la Tierra, por favor, retome contacto. ¿Hay alguien?

—Aguafiestas.

—¿Preston, Child, lluvia y relámpagos en una misma frase? Qué gráfica, ¿no?

—Siempre he sido un poco aparatosa, ya lo sabes.

—Ahora en serio. No se trata de chafarte la ilusión, cariño, es sólo que la compra de una casa no es ninguna tontería. Habría que estudiarlo detenidamente. —Daniel se entretuvo un instante contemplando la perspectiva—. En realidad me parece una buena idea, no creas. Es verdad que voy a necesitar un refugio para seguir trabajando cuando nazca el bebé, como tú dices. —Estranguló con la punta de los dedos el tallo de su copa y arrugó la nariz—. Y si me apuras incluso ahora me vendría bien aislarme un poco. Avanzaría mucho más en la obra. Y, además, reconozco que a veces me pongo un poco insoportable cuando me acerco al final de un proyecto.

Rosa tuvo el impulso de coger de nuevo su copa de vino, pero dominó su mano a tiempo y la obligó a emprender un aterrizaje de emergencia sobre algún lugar impreciso de la mesa. Miró a Daniel de reojo y se mojó los labios.

—¿Insoportable? No me digas —ceja irónica—: Creo que deberías llamar a ese Leoncio Key, o a ese otro, ¿cómo se llamaba?

—Maro. Maro Grullart.

—Exacto. ¿No fue él el que te vendió aquellas plazas de aparcamiento en la plaza Porcelina?

—Sí, las tenía en exclusiva. El tipo posee una cartera de propiedades impresionante.

—Pues llámalo y pregúntale qué tiene en venta en las Montañas. Este fin de semana podríamos concertar algunas citas. ¿Qué me dices?

Daniel apuró su vaso de vino mientras Rosa lo perseguía con mirada celosa.

—La cena ha estado deliciosa, cariño.

—¿Lo vas a llamar?

—No dejarás de insistir hasta que lo haga, ¿verdad?

Rosa no replicó, sólo se quedó allí sentada con un sugestivo pestañeo mientras Daniel estiraba su espalda hacia atrás. No hacía falta que dijera nada, su mujer sabía que estaba intentando en vano aliviar un nuevo ataque de dolor.

Al día siguiente, Daniel Salas intentó escribir algo, recluido en su despacho y con el disco *Outside* de Bowie como telón de fondo. Las intrincadas melodías que componían aquel álbum lo habían sacado más de una vez de un bloqueo creativo, pero en esta ocasión no le estaba funcionando. *La sonrisa de un niño* no avanzaba lo que debía. Sabía que la obra estaba anclada en un punto en que la trama se embrollaba con escenas insustanciales y, por si fuera poco, el piloto de NO VAS A NINGUNA PARTE llevaba encendido en su cabeza hacía ya bastante tiempo. El móvil sonó. Era Clos.

—Hola.

—Daniel, ¿cómo estás? ¿Te pillo en mal momento?

—No, en absoluto. Me has salvado del suicidio.

Se oyeron risas al otro lado del teléfono.

—Tu editor siempre llega a tiempo para salvarte la vida, Daniel. Ya lo sabes. Cuéntame algo. ¿Cómo va esa obra de teatro? Aún no me has adelantado nada del argumento.

—Te lo diré tan pronto lo sepa.

—No me digas eso. Me estás asustando. Ya sabes que llevo un año medicándome con Enalapril, tío. Tengo la tensión delicada.

—No, tranquilo. Es sólo que no me gusta mucho hablar de lo que aún no he escrito. Me da mala suerte.

—Está bien. Te noto cansado, por la voz. Tómame un descanso y vuelve al trabajo con energía. ¿Qué me dices? A veces es mejor pararse en seco que seguir avanzando en círculos.

—Lo pensaré. Es posible que necesite un descanso. La espalda me está matando y tengo la cabeza embotada. No salen las ideas. Además, anoche me enteré de que voy a ser padre y estoy todavía en las nubes.

—¡Daniel! ¡Eso es estupendo! ¡Cuánto me alegro de escuchar eso! Luego llamaré a Rosa para felicitarla. ¿De cuánto está?

—Aún todo es muy prematuro. Ni siquiera sé si Rosa quiere divulgarlo todavía, ya sabes, por si...

—No te preocupes, seré discreto.

—El caso es que tengo un montón de cosas en la cabeza y este dolor de espalda tampoco ayuda. Intentaré avanzar. Te llamaré cuando tenga algo.

—Tú tranquilo, Daniel. Reposa. Confío en ti. Y ve al médico a que te mire la espalda. ¿Me vas a hacer caso?

*No, por supuesto que no.*

—Sí, lo haré. Descuida.

—Te dejo, Daniel. Tengo a Gabriela Flanagan en la otra línea. Estamos a punto de editar *La llama de Bachelard* y estamos liados con las galeradas.

—¿La llama de Bachelard? Curioso. Me suena y no sé de qué.

—Sí, te encantará. Un rollo enfermizo en bucle, así, sin cura. Tu rollo, vamos. Te gustará. Oye, te tengo que

dejar. Cuídate y escribe una obra maestra, por favor. ¡Y enhorabuena por el embarazo de Rosa! Es realmente una noticia excelente. Me alegro un montón.

—Gracias, Clos. Lo sé. Y sí, intentaré entregarte pronto algo publicable.

—No, publicable, no. ¡Quiero algo genial! Tal y como tú sabes hacerlo, ni más ni menos. Lo dicho, a cuidarse y a escribir.

—Lo haré —mintió Daniel de nuevo, a sabiendas de que no haría ni una cosa ni la otra, y colgó.

Suspiró y retomó el texto. Avanzó un poco en una escena, pero no le gustó nada el resultado. ¡Mierda! Dejó de teclear y minimizó la pantalla del procesador de texto. Se repantigó en la silla y miró hacia la lámina enmarcada de *El gran masturbador* de Dalí que colgaba en la pared de enfrente. Detrás de aquel cuadro había una ventana a la salvación. *No tires por ahí. Quítate esa idea de la cabeza, Daniel.* Haciendo caso omiso a las recomendaciones de su sentido común, se levantó y se dirigió hacia el cuadro. Escurrió varios dedos por debajo del marco, separándolo levemente de la pared; sintió el tacto familiar del plástico y tembló de excitación. Retiró la mano como si la hubiera metido en agua hirviendo. *Párate y deja que la historia repose. Ya has oído a Clos. Tómame unos días. No cojas el camino fácil.* Una gota de sudor le dibujó una estría amarga desde la frente hasta la mejilla y se quedó suspendida al borde de la quijada como un suicida potencial oscilando sobre una cornisa. Daniel volvió a la mesa y se dejó caer sobre la silla. Sintió un cosquilleo punzándole el estómago y un dolor eléctrico en la espalda. Su corazón respondió con un tamborileo nervioso. Daniel resopló y esperó a que su pulso

entrara en razón. Llevó el cursor hacia el icono de Internet y lo cliqueó dos veces.

*Sí, es cierto. Cuando no vas a ninguna parte es mejor detenerte y dejar que las ideas vuelvan cuando sea el momento. Es algo que no puedes forzar.*

Las letras de Google colorearon el centro de la pantalla. Daniel se quedó acariciando las teclas un buen rato antes de escribir en el recuadro «Inmobiliaria Gran Salto». Inició la búsqueda y en 0,47 segundos saltaron 7.100 resultados. En la segunda posición vio el anuncio de Porcelina Dreams.

—Mientras llegan las ideas, vamos a ver lo que tienes por ahí, Maro Grullart.

La página web era sencilla y fácil de usar. Encabezando el diseño se leía el lema de siempre: «DA EL GRAN SALTO CON NOSOTROS», escrito con una fuente de letra que recordaba a los créditos de los antiguos *westerns* de John Ford. Justo debajo había una foto panorámica de la ciudad al atardecer. Se distinguía el campanario de la iglesia e incluso, si afinaba la vista, podía vislumbrar a lo lejos la cubierta de la gasolinera Tyreco. Como escenario de fondo se alzaban imponentes las Montañas del Norte con una espectacular línea de cumbre. Daniel se quedó pensativo mirando aquellas cordilleras. Entonces imaginó la forma de la cabeza de un águila sobresaliendo de una de las cúspides. El ave de piedra extendía sus alas de sierras abruptas. Se dio cuenta de que estaba recreando una escena similar a la representada en el cuadro *El dominio de Arnheim* de Magritte. Sacudió la cabeza para volver a la realidad y comenzó a explorar la página. En un lateral, sobre el índice de contenidos, destacaba una foto de Maro con su oronda cara circular junto a su mujer de belleza robusta y germánica.

Daniel investigó un poco y buscó propiedades localizadas en las Montañas del Norte. Según el resultado del rastreo había una media docena de casas disponible. Y los precios no bajaban de los 200.000 pavos (eso sin contar impuestos, gastos notariales y registro). Daniel pasaba por encima de las imágenes con desgana, mientras la desilusión iba en aumento. Y entonces la vio. Era una casa rural de dos plantas, nada espectacular, sin embargo sintió desde el principio una inexplicable sacudida de atracción hacia ella. Abrió la galería de imágenes y se recreó estudiando las distintas estancias. La calidez de los muebles rústicos, los techos de bovedilla, las paredes de piedra; todo le encantaba. Amplió la foto de una de las habitaciones y descubrió un escritorio de madera lavada, sosegado y clásico, situado frente a una gran ventana con vistas al hayedo y se removió en su asiento. Le estaba gustando mucho. Consultó el precio: ciento ochenta mil. Sus ojos se hincharon como globos. ¡La casa era perfecta! Marcó el número con su móvil y pulsó llamada. Suspiró. El señor Grullart respondió al quinto tono con voz lánguida:

—Sí, dígame.

—Hola, ¿Maro Grullart?

—Sí, soy yo. Dígame.

Daniel detectó malestar en su timbre de voz, como si tuviera un rimero de nubes negras agolpado en su garganta. También creyó oír los lamentos de una mujer de fondo.

—¿Lo pillo en mal momento? Puedo llamarlo más tarde si lo prefiere.

Se oyó una puerta cerrarse. Los lamentos se atenuaron.



—No se preocupe, discúlpeme. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Estaba viendo su página web y me ha interesado una de sus propiedades.

—Estupendo, ¿sabe la referencia? —Las nubes de su garganta comenzaron a dispersarse.

—Espere, estoy delante del ordenador. Es una casa en las Montañas del Norte. A ver, un momento, sí, aquí está. Referencia: nueve, cero, cero, cero, trece.

El señor Grullart lo acompañó al unísono con el último número.

—Ah sí, la casa de los Westermann. Lamentablemente esa propiedad está por ahora reservada mediante contrato privado.

—Pero si la tiene usted publicada en su página.

—No suelo eliminar una propiedad hasta que no se firme la escritura pública. He visto romperse tratos en la misma notaría por culpa de unas viejas cortinas estampadas.

—¿En serio, por unas cortinas?

—A veces los clientes se encaprichan con las cosas más inimaginables e inútiles de la vivienda y si el propietario se niega a dejarlas como parte del lote puede llegar a ser motivo suficiente para que se caiga la operación. Sí, señor. Así es.

—Entonces, ¿tengo esperanzas?

—Nunca se sabe. Si quiere puede usted dejarme su número de teléfono y en el caso de que la venta no llegue a buen término lo avisaría y le echamos un vistazo. No quiero con esto decirle que los clientes se vayan a arrepentir, pero por si acaso. ¿Qué le parece?

A Daniel le pareció muy bien y le dio su número de teléfono y su dirección de e-mail. Al decirle su nombre

esperaba que Maro lo reconociera en plan: «Oh, Dios mío, ¿es usted el Daniel Salas que creo que es? No me lo puedo creer. Me encantan sus libros, bla, bla, bla». Pero no, no lo recordó ni siquiera por haberle vendido aquel lote de plazas de aparcamientos en la plaza Porcelina. Y si lo hizo, lo disimuló muy bien.